

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Equilaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.



CUATRO PALABRAS

ACERCA DE NUESTRO PERIÓDICO.

Con gusto tomamos la pluma para empezar á cumplir lo que en el prospecto del PERIÓDICO DE LA INFANCIA hemos ofrecido. Nuestras aspiraciones son ya conocidas, y estas se verán completamente realizadas si nuestros trabajos llegan á influir beneficiosamente en la educación de la niñez, despertando en ella sentimientos elevados que la inclinen al bien y desarrollen su inteligencia de una manera provechosa.

No desconocemos lo difícil de la tarea que emprendemos, ántes por el contrario, conocemos perfectamente los obstáculos que presenta la realización del plan que nos hemos trazado; pero confiamos, más que en nuestras débiles fuerzas para llevar á cabo nuestro propósito, en el poderoso auxilio de las personas ilustradas que, comprendiendo la utilidad de esta clase de publicaciones, se han apresurado á ofrecernos sus importantes y bien meditados trabajos, los cuales irán viendo la luz pública en nuestro periódico.

Nuestros esfuerzos todos, irán encaminados á facilitar el desenvolvimiento del espíritu de la niñez, cuyo corazón procuraremos formar y dirigir, presentando á su atención ejemplos dignos que imitar é inculcando en sus tiernas inteligencias ideas nobles y elevadas.

Hemos procurado reunir cuantos elementos son necesarios para realizar del mejor modo

posible nuestro pensamiento, y abrigamos gratas esperanzas respecto del resultado que han de dar nuestras tareas hoy comenzadas.

No podemos imaginarnos que los padres de familia miren con indiferencia nuestros esfuerzos que tienden á labrar la dicha de sus hijos, que debe ser y es seguramente la suya.

¿Y cómo han de ser mirados con indiferencia nuestros buenos deseos y por lo tanto nuestra publicación en que prácticamente los manifestamos, si de su completa realización puede depender en gran parte el desarrollo moral de sus hijos?

¿Quién puede poner en duda que la lectura de obras amenas y recreativas que tanto nos seducen en los primeros años de nuestra vida, influyen después poderosamente en nuestro modo de sentir y de pensar, y dejan gravadas en nuestra alma virgen recuerdos imperecederos que nos hacen buenos ó nos convierten en malvados?

Por eso nosotros después de pensar uno y otro día en lo que dejamos expuesto, nos hemos decidido á continuar nuestra obra, empezada cuando publicamos nuestra Biblioteca.

Terminaremos estas líneas manifestando nuestro profundo agradecimiento á la prensa de Madrid y de provincias por haber dado publicidad en sus columnas á nuestro periódico y por las benévolas frases que nos han dirigido algunos de nuestros colegas, y que nosotros seguramente no merecemos.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO.

Hace mucho, mucho tiempo, queridos niños, que no había tierra ni cielo, hombres ni animales. Solo Dios existía, porque ya sabéis que Él ha existido siempre y que no tendrá fin jamás. Quiso hacer todo lo que vemos; pero no tenía necesidad, como aquellos que construyen una casa, de buscar los materiales, ó, como los que plantan jardines de sembrar las semillas; no tenía más que hablar y lo que quería estaba hecho. Por esto es por lo que se dice, niños míos; Dios creó el cielo y la tierra; nadie más que Él puede crear.

Dios creó, pues, el cielo y la tierra, empleando seis días en crear todo el Universo.

El primer día, hizo la luz: Dios dijo: hagase la luz, y la luz fue hecha.

El segundo día, hizo el firmamento, que llamamos cielo. Ya sabéis, amiguitos míos, cuán hermoso es el cielo, cuando está todo azul, ó cuando se cubre de nubes, pardas las unas, blancas las otras como la plata ó doradas todas por el sol.

El tercer día, reunió las aguas que cubrían la tierra; después ordenó á ésta que produjese plantas y árboles de toda especie, que llevasen en sí mismos la simiente para producir otros; y al instante, niños queridos, hubo magníficos bosques y árboles cargados de frutos y plantas, y hermosas flores adornaron la tierra.

El cuarto día, hizo el sol que nos ilumina y nos calienta, la luna que veis brillar durante la noche como una lámpara de plata y todas las estrellas que centellean como los diamantes.

El quinto día, creó los peces que nadan en las aguas, desde la enorme ballena, hasta el pececito más pequeño que tanto os gusta ver pescar con el sedal; después hizo las aves, de tan hermoso plumaje las unas y de voz tan dulce las otras y que tanto nos alegran con sus cantos. — Ya veis, queridos míos, con cuánto gusto debemos cantar las alabanzas de Dios, á quien los pajaritos alaban á su manera con sus trinos. — Después bendijo á los peces y á las aves y les dijo: creced y multiplicaos. Por eso, desde entonces, siempre hay peces, y las aves hacen bonitos nidos para alojar á sus hijuelos.

El sexto día, creó todas las especies de animales que debían poblar la tierra. La tierra estaba, pues, hermosa y adornada como un jardín, pero en dónde estaba el dueño de estas riquezas? Nadie había que pudiese conocer y amar á Dios y que supiese agradarle el ha-

ber hecho todo esto. Entonces el Señor, creó al hombre á su imagen y semejanza. Formó su cuerpo con la tierra y le dio un alma capaz de conocerle y amarle; que nos hace superiores á los animales, porque ellos no pueden conocer y amar como nosotros á aquel que los ha creado.

Los niños tienen también un alma y el más pequeño de entre ellos, vale más, que los más grandes, más bellos y más fuertes de todos los animales. — Dios creó también la mujer, que dio al hombre para que fuese su compañera, y después les bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos. Así todos los hombres proceden de Adán y Eva: este es el nombre que Dios dio al primer hombre y á la primera mujer. — Ya veis que todos somos hermanos, y que debemos amarnos los unos á los otros.

Dios ordenó que todos los animales estuviesen sometidos á Adán, de suerte que los leones, los lobos, etc., le obedecían. El Señor colocó á Adán y Eva en un soberbio jardín, el paraíso terrenal, más bello que todos los que habéis visto jamás; debían cultivarlo y guardarlo. Pero no creáis que esto les producía fatiga; en aquel tiempo no había necesidad de cansarse en labrar, cavar y regar; la tierra daba por sí misma todas las cosas que tanto trabajo nos cuesta hoy obtener.

El cielo, la tierra y todos sus ornamentos, fueron, pues, acabados en seis días. Dios vio que todas estas cosas eran muy buenas y descansó el séptimo día.

Por esto, es por lo que Él quiere también que descansemos después de haber trabajado toda la semana. ¿No es verdad que es un hermoso día el Domingo? En este día se sirve á Dios no trabajando y rogándole de todo corazón.

Descansemos también nosotros, queridos niños, y sepáremos hasta el jueves próximo.

— Aquel que no trabaja y se descansa, no puede ser feliz.

A LOS NIÑOS.

Aquí me teneis, queridísimos lectores, con la pluma recién cortada y dispuesto á escribir con el inocente objeto de entreteneros algunos ratos.

Siempre he creído que sois las joyas más preciosas de la sociedad, las más bellas flores del jardín de la vida; siempre he visto en vuestras inclinaciones y en vuestros inocentes juegos, en vuestras palabras y vuestro trato, la dulce candidez, el encantador atractivo de

una sociedad naciente, de un pueblo en embrión; y ved aquí por qué deseaba con impaciencia ponerme en estrechas relaciones con vosotros que sois los tiernos miembros de mi sociedad predilecta.

Mi deseo hoy se ve cumplido: hoy tengo las columnas del PERIÓDICO DE LA INFANCIA, para en ellas poder mandaros todos los jueves, ora en desaliñados versos, ora en mala prosa, algunos renglones, cuya lectura, al paso que os sirva de agradable entretenimiento, pueda imprimir en vuestras almas, ideas propias de un niño cristiano e instruido, pues dicho se está, amiguitos míos, que aunque no seré un rígido misionero que os atormente con sermones incomprendibles para vosotros, aunque no os hablaré en meditados artículos con retumbante lenguaje de vuestros deberes, os escribiré sencillos cuentos, y fábulas, y ejemplos, y charadas y otras muchas cosas, que si bien en su forma nada bueno tendrán—porque de seguro han de ser triviales y carecer de mérito literario—me atrevo a prometeros que en su fondo habeis de aspirar, sin gran trabajo, la suave y embriagadora esencia de la moral cristiana.

No desconozco lo difícil que es escribir para vosotros, pero ¿qué importa? Yo tengo buen ánimo ya que no otra cosa, y estudiando vuestros caracteres y hasta vuestros infantiles caprichos, y no perdiendo nunca de vista que niño se ha de tornar quien para niños quiera escribir, confío en ganarme vuestras simpatías, que es a todo lo que aspira vuestro mejor amigo

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

LA ROSA COQUETA.

FÁBULA

DEDICADA A NUESTRAS LECTORAS.

Allí donde mansos mueve
Sus cristales el Genil,
Donde el aura pura y leve
Al pie de la eterna nieve,
Susurra en eterno Abril;
Sobre la copa frondosa
De un rosa de Alejandría,
Gentil, lozana y hermosa,
Blandamente se mecia
Del aura al soplo una Rosa,
Nacida cuando la aurora
Sus blondos rizos despliega,
Nunca tuyo para Flora

Otra flor más seductora,
Granada en su fértil vega.
Cuentan de esta Rosa, que
Una tarde fresca y pura
Dijo así con amargura:
Cuando ¡oh noche! luciré
En tus sombras mi hermosura.
—Pronto!... Dijo la enlutada
Noche, al pimpollo andaluz,
Eso tendrás si te agrada,
Siendo tu cáliz morada.
De unos gusanos de luz.
Con luces tan peregrinas
La Rosa alza la corola
Con sus tintas purpurinas
Entre las Rosas vecinas
Altiva, coqueta, sola.
Y al son de murmuradores
Arroyuelos cristalinos,
Reina del campo y las flores
Aclámanla con sus trinos
Los canoros ruiseñores.
Por ella de amor deliran
Brisas, aves, río y fuentes;
Y en torno suyo suspiran,
Vuelan, corren, tornan, giran,
Insectos impertinentes.
Mas ¡ay! la celebridad
Rara vez se adquiere en vano
Pobre Rosa! Su beldad
Hollada fué sin piedad
Bien pronto por torpe mano.

Teneis amables lectoras.

—No olvideis esta lección—

—Cuando estais más seductoras,

Más cerca la perdición.

VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

PURA.

LA BELLEZA DE LA NIÑEZ (!).

Cuento dedicado a la Señorita doña Concha Cardenera
por el autor y amigo D. José Patricio Clemente y Pozzan.

Quereis, hermosas y tiernas amigas, que la feliz sonrisa que vela vuestros rosados labios y que inspira a vuestras adoradas madres esos dulces carñosos y esos más dulces besos que siempre esperais y recibis con emoción, dure siempre, penetre hasta vuestra alma y tenga siempre pura y

(1) Debemos a nuestro querido amigo D. José Patricio Clemente, este fragmento de su libro inédito: *Las Páginas de la virtud*.

satisfecha vuestra conciencia? Quereis que el hermoso candor de la niñez, bellísima rosa con que Dios ahora os engalana, no falte jamás en vuestro prendido? Quereis que vuestras penas se olviden, vuestras esperanzas no se frustren, vuestros dolores sean pasajeros y vuestras dulcísimas ilusiones embellezcan constantemente vuestra encantadora vida? Quereis seguir siendo los dulces pedazos de la que os dió el ser, vela vuestro sueño, adivina vuestros inocentes caprichos y satisface vuestras legítimas esperanzas? Quereis ser la hermosa flor del hogar doméstico y con vuestro balsámico perfume endulzar la vida de la familia, como la fragancia de las rosas del campo aromatiza el valle esparciendo por todo él ese dulce bienestar que inspira sus trinos al ruiseñor y sostiene a la laboriosa abeja en la fabricación de sus dulces panales? Quereis ser hoy la alegría de vuestros padres, mañana el consuelo del hombre, siempre sus dulces amigas y compañeras? Quereis, en fin, ser dignas de Jesucristo, que murió por vosotras, santificó a la Magdalena y encargó a María el patronato de todos los hombres? Quereis que la patria que os dió el ser, cuyo aire respiráis y cuyas flores os sirven de adorno, sea grande, generosa, heroica y feliz?

Pues oid un consejo, escuchadlo con religiosa atención, grabadlo en vuestra memoria, sienta vuestro corazón la necesidad de cumplirlo: Sed virtuosas, conservad vuestro candor y vuestra inocencia, alegre a vuestra alma únicamente el placer de la virtud y entristézcale sólo el amargo remordimiento de la conciencia.

Los adornos físicos pasan, el más leve accidente los transforma. No es la belleza del cuerpo la que dura siempre, no. La belleza de la virtud es la que siempre es encantadora, la que sin atavíos luce, sin adornos y sin lujo seduce, es joven en todas las edades, jamás pierde sus encantos, antes por el contrario los aquilata en valor y en estima para presentarlos donde brillan las gracias de los ángeles, habita el alma de los justos, entonan cánticos celestiales los querubines y donde Dios con su inmensa magnificencia presta la refulgente luz de su gloria a las niñas que siempre conservaron las gracias de la niñez, el corazón puro, el alma limpia, la conciencia tranquila, la inocencia, en fin, que es la belleza de vuestra edad.

Quitad al cielo su hermoso azul y sus nubes de rosa y oro con que saluda todas las mañanas al luminar del día, privad al sol de la luz, a la noche de la pálida luna y de las rutilantes estrellas, desterrad del campo las flores que le embalsaman, privad de su pico parlero a las aves que cantan las glorias de la creación, senad al árbol sus bellas hojas, agotad al manso arroyo su límpida corriente, y la naturaleza os parecería muda, triste, sombría, como la amante madre a quien la muerte arrebató el fruto de sus entrañas. Pues bien, es aún más triste y sombría la mujer sin virtudes. Ellas embellecen la vida, dan paz al alma, satisfacción a la conciencia, placida y tranquila alegría al corazón.

Si sois ricas, la virtud sembrará de flores vuestro camino y en las bendiciones del pobre, del necesitado, del afligido, del hambriento a quien alimentais, del desnudo a quien vestís, del ignorante

a quien enseñáis, del enfermo a quien visitáis y socorreis, de la viuda a quien consoláis, del huérfano a cuya madre suplís, del extraviado a quien poneis en la senda del bien, gozaráis placeres inefables que aumentarán vuestras virtudes, harán que las almas agradecidas floren sobre vuestra tumba y pidan a Dios el premio que nunca niega a las que viven vida ejemplar de caridad y misericordia.

Si sois pobres, la virtud disminuirá vuestra pobreza, aumentará vuestra paciencia y vuestra resignación, multiplicará las fuerzas de vuestro constante trabajo, de vuestra aplicación y de vuestra economía, mirareis la vida como una penosa peregrinación y al fin de ella encontrareis en Dios el dulcísimo consuelo de vuestras penas, el completo alivio de vuestros dolores, la completa medicina de vuestras enfermedades, la resurrección de Lázaro, pero en el cielo, donde tendrán merecida recompensa vuestros sacrificios, vuestros sacrificios, y toda vuestra vida de virtudes modestas y no publicadas, con las que honrando a Dios, habéis honrado también a vuestros amados padres y a vosotras mismas.

Con más elocuencia y con más elevados conceptos, pero con igual pensamiento, explicaba un día la Maestra a sus discípulas las bellezas de la virtud. Como de costumbre concluyó refiriéndoles la siguiente historia:

Pura era una niña hermosísima, decía la Maestra, no sólo por sus grandes ojos negros, por su bella frente, por su blanco rostro, por sus blondos cabellos, sino también—y en esto consistía su verdadera hermosura—por su cristiana humildad, por su ejemplar modestia, por su sensible corazón, por su ardiente caridad, por su claro talento, por su constante aplicación, por su bello carácter. La querían sus padres como se quiere a las buenas hijas, la amaban sus hermanos como se ama a las buenas hermanas, la elogiaba el párroco como se elogia a las buenas cristianas, la estimaba su Maestra como se estima a las discípulas que cumplen sus deberes en la Escuela y honran en los exámenes públicos y en las visitas del Inspector con los resultados de la educación y la enseñanza a las que están encargadas de inculcarles las sencillas verdades de la religión, los hermosos preceptos de la moral, la modesta ciencia popular llena de virtudes y no menos llena de conocimientos útiles para la vida.

Pura se llamaba, pero pura era como el perfume de las rosas del valle que beben las aves canoras para alabar con su pico al Dios que no conocen, como la luz hermosa que refleja el arco iris después de la terrible tormenta, como el dulce arrullo de la tórtola que creyó perdidos sus hijos y los encuentra, como la blanca nieve que ni el viento agita y el sol no dora, como las límpidas aguas del oculto arroyuelo, que entre zafiros corre, como el amor de la madre más amante y tierna, como la sonrisa de los ángeles, como la belleza de la niñez, como la virtud cristiana que hace el bien y guar-

de avara su dulcísima satisfacción dividiéndola entre la conciencia que la aprueba y Dios que sólo la ve y la aplaude. Sin duda ninguna al querer sus padres que se llamara Pura, María la madre de Jesucristo, la esposa del Espíritu Santo la acogió con tanto interés, con tan tierna solicitud, pidió a su Hijo de tal modo que la amparase y protegiese, que siempre fue rica en riquezas del alma, pura en sus pensamientos, pura en sus intenciones, pura en sus palabras, pura en sus acciones. Ojalá añadiera la Maestra que todas la limitarais. Mientras fue niña, era la dulcísima alegría y el arrebatador encanto de toda su familia. Mientras fue discípula, el ejemplo vivo de lo que puede la educación cristiana en una niña obediente y aplicada. De las pobres era amiga, y en socorrerlas tenía su más placentera distracción. Con el beneplácito de sus padres les daba cuanto necesitaban. Con su consejo hacía aplicadas a las desatentas, y con su ejemplo vertían lágrimas las desobedientes, que pedían perdón a la Maestra de sus faltas y adelantaban en poco tiempo el mucho perdido. No ambicionaba los premios de la Escuela que repartía entre las niñas necesitadas. Le satisfacía más un beso de su madre, una sonrisa de su Maestra, una bendición del venerable y virtuoso párroco que se entretenía horas enteras en conversar con Pura, que el más lujoso vestido, que el juego más divertido y que la libertad que tanto desean las niñas de su edad. Jamás rió con sus hermanos, nunca manchó su boca con la mentira; en servir a María, en amarla y en dirigirla fervientes oraciones pasaba el tiempo que otras niñas después de cumplir sus deberes emplean en la ociosidad y en la murmuración.

Asistía a la Escuela una niña envidiosa que sentía al par del alma la belleza de Pura y no podía sufrir sus virtudes. En vano se empeñaba aquella desgraciada niña en empujarse el verdadero mérito de Pura. La envidia, esa negra enfermedad del alma que siente dolores acerbos con la dicha ajena sin hacer jamás méritos para alcanzarla; destruye por momentos la vida de aquella niña, como había destruido los gérmenes de la caridad única medicina de esa terrible dolencia del alma.

Pura lo advirtió, la visitaba todos los días, le regalaba sus lujosos cuadernos de dibujo, sus libros y sus diplomas de premios, sus hermosas colecciones de estampas, todos sus juguetes; la hablaba de Dios con la sencilla elocuencia de la niñez, le explicaba los consuelos de la caridad, los bienes de la oración; pero todo en vano, la niña seguía, triste, triste como la noche sin luz y sin estrellas, triste como la envidia.

Un día visitaba Pura a esta niña y creyó encontrarse dormida. Contempló sus descajadas facciones, su pálido color, y como conocía el mal que sufría, mientras la creyó dormida, se postó de rodillas delante de una imagen de la Virgen y con sentidas y llorosas palabras dijo: «Madre mía y madre de todas las niñas, ¿por qué me habeis hecho tan feliz y a esta niña tan desgraciada? ¿a qué que yo la amo de todo corazón, le doy todo lo que yo creo que ella puede desear; pero no puedo

darle lo negro de mis ojos, lo blanco de mi cara, lo blanco de mis cabellos, ni la rectitud de corazón con que vuestro hijo santísimo me ha enriquecido. Quitádmelo todo menos esto y el amor que os profeso; y en prueba de mi sinceridad yo os ofrezco ser pura siempre, inocente, con la belleza nada más de la religión cristiana. Y en prueba también de mi ardiente súplica, ahora mismo voy a cortar-me estos cabellos que colgaré en vuestra santa capilla, y a pedir a mi madre que sólo me permita gastar los adornos de la virtud sin otros atavíos que los del aseo y la limpieza. Si, Virgen mía, volved la alegría y la salud y la paz del alma a esta desgraciada amiga mía, y en cambio imponedme cualquier otro sacrificio...»

Pura cogió unas tijeras, pero la niña que no dormía, se había levantado. Horaba como nunca había llorado, con las lágrimas preciosas del arrepentimiento, abrazó a Pura con entusiasmo, no permitió que consumara el sacrificio de su blonda cabellera, le contó todos los tormentos de su corazón, y le añadió: «Me has salvado: te debo la vida del alma: no tendré jamás envidia, empiezo a gozar el placer de la caridad.»

No es posible describir escena tan tierna. La imagen de la Virgen les pareció a las dos niñas que se sonreía, y debió ser así, porque ¿cómo no había de alegrarse la Virgen del cielo del triunfo de Pura?

Desde aquel día, las dos niñas fueron amigas del alma, se distinguían por su candoroso corazón, se amaban como dos ángeles. La niña antes envidiosa, era digna émula de Pura en el bien. Contaron al cura párroco cuanto les había pasado y las bendijo y dio gracias a Dios.

Los padres de Pura mandaron pintar un cuadro que representase la escena de las dos amigas. El pintor colocó en él a las dos niñas. Velaba a la una el ángel de la caridad, velaba a la otra el ángel de la inocencia.

Sed, concluyó la Maestra, caritativas é inocentes, y tendreis la conciencia recta, el alma tranquila, el corazón satisfecho. No perdais nunca, queridas mías, la inocencia que es la belleza de la niñez.

JOSE P. CLEMENTE.

ENIGMA.

Me formo en la nube;

Yo vivo en el mar;

Do habito un palacio

De nácar, que allá,

Allá en lo profundo

Sustento le dan

Seguros cimientos

De rojo coral.

Carezo de vida;

Mas tengo mamá;

Y en tanto que juntas

Estamos, de igual
Fortuna gozamos
Y dichas y paz.
El hombre nos busca
Con ávido afán;
A veces nos halla;
Y entonces sin más
Se come á mi madre
Con ansia voraz;
Y á mi con orgullo
Mostrándome va.
Me compra, me vende,
Me vuelve á comprar.
Al fin un artista
Me junta á un metal
Precioso; y entonces
Asiento me dan
Garganta de reina,
Corona imperial.

LEYENDAS MORALES.

DON JOSÉ MARÍA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

CAPÍTULO PRIMERO.

DOS PERSONAJES DIFERENTES.

Es la hora en que las últimas tintas de una oscura noche desaparecen ante los primeros destellos de ese, entre nosotros breve espacio de tiempo llamado crepúsculo, precursor del astro rey. Varias franjas de un hermoso color rojizo, limitan el extenso horizonte dominado por un modesto caserío edificado en la cima de una elevada ramificación septentrional de los montes Pirineos.

La jente del campo se dispone á continuar sus penosas faenas, y marcha poco después en opuestas direcciones ocultándose entre la espesura de aquellos bosques de manzanos, ó en las quebraduras del terreno, cuyos magníficos paisajes tienen mucho de la pintoresca Suiza.

Dejemos á los labradores recoger el fruto que vienen preparando durante algunos meses, y fijemos nuestra vista en una casita que entre todas se destaca por su blancura. Allí habitan un virtuoso sacerdote, un niño á quien educa por encargo de sus padres y una antigua servidora.

No lejos de esta morada feliz, existe otra, cuyo descuido y parduzco exterior, denuncia, ó mucha pobreza del dueño, ó una incuria reprensible, tanto más, cuanto que no se ve otra de tan desagradable aspecto. Ocupala una familia rica, compuesta del padre, la madre, una hija de diez y siete años y un niño que apenas ha cumplido doce.

Los moradores de estas dos casas son los héroes de nuestra leyenda; y no estará demás por lo tanto fotografiarlos moral y físicamente. Pero no necesitamos cansar la imaginación: el padre Ambrosio, que así se llama el venerable sacerdote, abre en este momento la puerta de su casa; mirad, ¿No es cierto que en su despejada frente, orlada de cabellos blancos como el ampo de la nieve, se descubre el genio? Aquellos ojos azules y de mirada tranquila, ¿no revelan la dulzura de su carácter? ¿No observais su figura grave y simpática á la vez y siempre respetuosa? ¿No os admira, en su su extremada agilidad, impropia de sus muchos años? Pues añadid á esto la especie de veneración que los habitantes comarcanos tienen al padre Ambrosio, figuráosle dirigiendo su cariñosa y persuasiva palabra á los hermanos de la montaña, como él los llama, ó bien dirimiendo las cuestiones de familia dejando á todos contentos; ¿tendréis idea aunque imperfecta, de este personaje singular.

No podemos decir otro tanto del hacendado D. Simon, que así se llama; y ya que su ninguna desmentida pereza le retiene todavía en el lecho ocultándonos su persona, me declaro irresponsable del disgusto que produzca á mis lectores la descripción de este antipático personaje. D. Simon es un hombre alto y delgado, con cabellos canosos y un tanto ensortijados, que dividiéndose en apurosos mechones ocultan su frente de por sí estrecha. Su nariz, aunque fina, está marcadamente inclinata hacia el ojo izquierdo, ojo deforme, gracias á una travesura de mal género que allá en sus juveniles años consumió, y por la que obtuvo esa triste celebridad que distingue á los hombres de intencional aviesa. No interrumpamos el tranquilo reposar según él dice de los trabajos que nunca le fatigaron, y volvamos al padre Ambrosio. Pronuncia á la sazón las últimas palabras de sus rezos matinales, y se dirige á arreglar el empujado y las flores que cubren gran parte de la fachada principal de su casa. Un niño aparece en este momento, alegre como la primavera en nuestros países meridionales, lo cual contrasta notablemente con su carácter reflexivo, á veces quizá por efecto de la sabia educación que recibía del virtuoso sacerdote. En un instante salvó la distancia que le separaba de su segundo padre, y después de besarle cariñosamente, dijo con todo el candor de un ángel.

— Cuando Vd. quiera, padre, podemos emprender el paseo de costumbre.
— Aun no, Adolfo mío. En los alrededores hay un enfermo grave, que regularmente necesitará de mis auxilios espirituales, y esta ocupación, como sabes, es antes que nuestras escursiones.
— Es persona conocida ese enfermo, padre?
— Conocido y pobre, repuso con tristeza D. Ambrosio.

Adolfo, colocó instintivamente su dedo índice sobre los labios quedando en actitud meditabunda. Así permaneció algunos instantes, al cabo de los cuales, dándose una palmada en la frente, corrió hacia la casa después de obtener envuelto en una mirada el permiso de su maestro.

¿Qué pensaría el niño Adolfo? ¿Qué pudo determinar aquel rápido movimiento?

El padre Ambrosio no apartó la vista del tierno discípulo, sino cuando este hubo atravesado los umbrales de la casa. Sentóse después en un fragmento de marmórea columna mirando en dirección del sendero que conducía al vecino pueblo. Allí, como en otras mil idénticas circunstancias, oró por la salud del enfermo, y en semejante actitud fué sorprendido muchas veces por los habitantes del caserío sin que se atreviesen a dar un paso más por temor de interrumpir sus plegarias.

Comprendemos actos de tan marcada consideración hacia el venerable anciano, porque su fama de bueno, justamente adquirida, le presentaba como el ángel tutelar de aquellos honrados labradores, bastando su presencia a tranquilizar a las familias desoladas.

Tales el sentimiento unánime que el hombre tiene de lo grato que son al Dios de las misericordias las plegas que le dirige la virtud acrisolada!

Un joven apareció por el sendero, y el padre Ambrosio queriendo averiguar sin preguntarle el estado del pobre enfermo, fijó su investigadora mirada en el semblante del recién llegado, quien comprendiendo lo que el sacerdote deseaba, dijo: — Mi padre ha pasado bien la noche, pero quiere confesar y vengo a suplicarle a Vd. me acompañe a casa con este objeto.

Acabar el joven y partir el anciano, todo fué una misma cosa. Perdióse en las sinuosidades y accidentes del terreno, y a los quince minutos estaba sentado junto al lecho del dolor, después de consolar a su afligida familia. Descansó unos instantes y retirándose todos a una indicación suya, quedó sólo con el enfermo, a quien dirigió la palabra en estos términos:

(Se continuará.)

CHARADA.

La primera repetida
La pronuncian con frecuencia
Los niños más pequeñuelos
Cuando falta la limpieza
El chorro sale en las fuentes
Por mi prima con mi tercia,
Y no hay chiquillo mimado
Que tercia doble no sea.
Si hacerte segunda y prima,
Le plugo a la Providencia,
Nunca olvides cuanto puedes
Aliviar extrañas penas.
Si el todo buscas, del todo

Que las gentes os profesan,
Como del que yo os profeso
Tendréis repetidas pruebas
Si sois niños, siendo... buenos;
Si sois niñas, siendo... buenas.

(La solución en el próximo número.)

EJEMPLOS.

Advertimos a nuestros pequeños lectores que bajo el anterior epígrafe citaremos una porción de hechos de los cuales habrá algunos sacados de obras ó traducciones del francés y otros idiomas.

Fué San Francisco de Sales, durante su niñez, de un carácter en extremo iracundo y colérico, más después que reconoció su defecto de tal manera se aplicó a corregirse que llegó a ser un modelo de humildad como lo prueba el siguiente hecho.

Un caballero joven é insolente que aborrecía al Obispo, después de molestarle repetidas veces haciendo estrépitoso ruido debajo de las ventanas del palacio sin lograr su objeto que era incomodar al que después fué santo, subió a la habitación de este y vomitó contra su enemigo las mayores injurias: el prelado mirando al arrebatado joven con la mayor tranquilidad, no respondió una palabra. El caballero entonces tomando la moderación por desprecio, redobló su insolencia llegando hasta el ultraje. San Francisco permanecía impassible, y cuando el joven se alejó y le preguntaron como había podido contenerse y callar en tal ocasión: «Mi lengua y yo», dijo el santo, hemos hecho un pacto; y nos hemos convenido, en que mientras mi corazón se agite soberbio, ella no dirá una palabra. ¿Cómo podía yo enseñar mejor a ese pobre ignorante a contenerse que contentiéndome?

Esta máxima grabad
Por siempre en el corazón
Contra odio, moderación
Contra soberbia, humildad

Preso el Duque de Lauzun en un estrecho y oscuro calabozo pasaba los días en la triste soledad que os podeis figurar. Viendo el caballero que una gruesa araña salía a cojer las moscas presas en su tela, tuvo la idea de domesticar á la cazadora y con el tiempo y la constancia lo consiguió. La araña bajaba á comer á la mano del Duque y hacia otras cosas que eran el placer del prisionero.

El gobernador de la ciudadela donde estaba preso el de Lauzun era un hombre de los más malos porque era envidioso y con esto está dicho todo. Un día con la mayor satisfacción, mostró el Duque su mansa araña al miserable gobernador y este después de echar una mirada de desprecio al insecto lo aplastó en el suelo con su pié. El Duque se irritó mucho, y cuando fué puesto en libertad, se quejó al rey de la acción del gobernador que con justicia llamó bárbaro.

En verdad, dijo el rey, que un hombre capaz de envidiar á un prisionero, semejante placer no puede ser bueno; y aquel mismo día el gobernador fué depuesto de su empleo.

No hay crimen, ni bajeza, ni perfidia
Que no acaricie el misero envidioso,
Que no cometa la insensata envidia.

Campistrón, poeta italiano, viajando por el ducado de Parma, fué asaltado por unos ladrones, que le robaron hasta los vestidos: bien aporreado, y casi desnudo el poeta se refugió en una cercana aldea, donde un buen abate cuyo nombre sabreis después, no sólo le socorrió generosamente con alimento y vestidos, sino que le dió dinero para continuar el viaje.

Pasaron algunos años. Italia sufría el azote de la guerra. El Duque de Vandome, y su secretario Campistrón, llegaron una tarde á las cercanías de la aldea donde vivia pobre y humilde el abate que socorrió al poeta; y como el Duque necesitara un hombre conocedor del terreno, Campistrón se acordó de su bienhechor. Llamaron al cura, el cual, de tal manera se portó en presencia del noble señor, que este le hizo su limosnero. El buen eclesiástico siguió á el Duque á España; aquí se ganó la confianza de la Princesa de los Ursinos. Murio Vandome y el abate fué nombrado agente del Duque de Parma en Madrid. Manejó el matrimonio de una Princesa de su tierra, con Felipe V.; entró en el Consejo de Estado, y fué Cardenal y primer ministro de España.

Ahora bien; quereis saber el nombre del pobre abate, elevado por una buena acción á las mayores dignidades? Pues se llamaba Albe-roni.

Por algo dicen: Haz bien,

Aunque no sepas á quién.

COLEGIO DE 1. Y 2. ENSEÑANZA

DE DON ANTONIO VELA

CALLE DE SANTIAGO, NÚMERO 1.

Alumnos que mas se han distinguido.

PRIMERA ENSEÑANZA. — Religión. — Manuel Negro.

— LECTURA. — José Clausó.

— ARITMÉTICA. — Dionisio Muro Carvajal.

— SISTEMA MÉTRICO. — Francisco Sánchez.

— GRAMÁTICA. — Celestino del Olmo.

— ORTOGRAFÍA. — Eduardo Trevilla.

— GEOGRAFÍA. — Luis Azara.

— GEOMETRÍA. — Andrés del Río.

SEGUNDA ENSEÑANZA. — PRIMER AÑO DE LATÍN. — Luis Maldonado y Gamarra.

— SEGUNDO AÑO IDEM. — Pedro Gallardo y Moriano.

— TERCER AÑO ID. — Juan Fernandez Loredo.

— FRANCÉS. — Luis Ventura y Romeo.

— MATEMÁTICAS. — Gerardo Balaca.

ESCUELA DE LA REAL CASA

Alumnos que mas se han distinguido en la última semana.

Agustin Peñuela.

Ignacio Remola.

Angel Asensio.

Por lo no firmado, el Secretario de la Redacción,

Vicente Regulez y Bravo.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Aguilas y Benavente.

MADRID:—1867.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE NÁZQUEZ,
calle de San Bernardo, núm. 17.